

de América ni es monumento ni cordillera sino licencia del autor, que para eso era Humboldt). El Cotopaxi era el volcán «más temido» y el de forma «más bella y regular». El Chimborazo, «el más majestuoso», el «imponente». Los basaltos en prismas significan la «identidad de las formas» litológicas, el modelo donde se reconocen todas las lavas del globo. Y el cráter del Teide es el camino al gran viaje americano, el último volcán aún de Europa y ya el primero de América, el último Etna y el primer Cotopaxi, el nexo de unión en la ruta entre el geógrafo europeo y la naturaleza americana.

En conclusión, la recuperación de esta obra íntegra es encomiable, pues, por su renovada oportunidad intelectual, por la calidad de su traducción, por el esmero de su edición y por su entidad como contribución bibliográfica. Pero además, servirá de estímulo para proseguir en la explicación de los paisajes con un elevado nivel de calidad.

En un libro de Nicolás Ortega, *Geografía y cultura*, editado en 1987, que abrió el horizonte de los geógrafos de modo que quisiéramos que fuera irreversible, se razona sobre las maneras de entender la geografía. Poner hoy en circulación esta obra de Humboldt es recobrar y propagar justamente una forma de entender, la fundacional, con sus valores mayores, como volver al diálogo con el paisaje y a mostrar la imagen directa de la Tierra. Tomando palabras de Ortega, diría que esta edición es un acto de elección de genealogía intelectual.— EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN

*Sobre los paisajes agrarios de España**

Si hace ocho años ya el entonces Ministerio de Medio Ambiente publicó el *Atlas de los paisajes de España*, obra colectiva dirigida por los profesores Mata Olmo y Sanz Herráiz, con una factura muy similar a esta que ahora muy gratamente reseñamos (pues aquella alcanzó una extensión de 77 páginas más tan sólo y también fue

* Reseña sobre la obra colectiva de F. Molinero, J. F. Ojeda y J. Tort. (coords.): *Los paisajes agrarios de España. Caracterización, evolución y tipificación*. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino (MARM), Secretaría General Técnica, Centro de Publicaciones, Madrid, 2011, 606 pp. + DVD sobre «Una mirada a los paisajes agrarios de España», producido y realizado por la Mediateca del MARM. Además de los coordinadores, han participado en la redacción de esta obra Milagros Alario, Eugenio Baraja, Cayetano Cascos, Buenaventura Delgado (†), Vicente José Gallego, Alipio García, José León García, Pablo Giménez, Juan Carlos Guerra, María Hernández, André Humbert, Gemma Molleví, Valerià Paül, Gustavo Pestana, Marta Rubio, José Domingo Sánchez, Alexis Sancho, Rocío Silva y Águeda Villa. La documentación de esta publicación procede del archivo fotográfico y cinematográfico de la Mediateca del MARM.

acompañada de un CD-ROM), en 2011 y el que fuera hasta hace poco tiempo Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino, procedió a la edición de *Los paisajes agrarios de España*, obra coordinada por los profesores Molinero, Ojeda y Tort. El paisaje, no sólo como concepto, sino también como objeto y ámbito de investigación en sus plurales dimensiones (desde las reflexiones más teóricas hasta la elaboración de inventarios, catálogos y descripciones bien más generales, integrales y globales o bien más específicos: paisajes urbanos, paisajes agrarios, paisajes naturales, etc.), ha sido una referencia central de la geografía desde sus inicios y a lo largo de su desarrollo posterior, como bien se afirma desde las páginas de inicio de esta publicación: «Los estudios de paisaje cuentan con una larga trayectoria geográfica, tanto que hace siglos eran vistos como la esencia de la Geografía, como su objeto de estudio principal, y mucho más los paisajes agrarios, que, en consonancia con el carácter de las sociedades tradicionales, expresaban y recogían la naturaleza de las comunidades rurales y sus modos de vida» (p. 5).

Es preciso subrayar y reafirmar el carácter vertebrador que el paisaje ha representado para nuestra disciplina. En la segunda mitad del siglo XX se reforzó todo ello con la exitosa difusión que en este ámbito significó (en la geografía española) la «ciencia del paisaje» (con grupos de investigación articulados en torno a las universidades de Barcelona —han de reseñarse con justicia las aportaciones pioneras de la profesora Bolós y su grupo más estrecho de investigación—, Granada o Salamanca), adaptando las contribuciones fundamentalmente francesas (escuela del profesor Bertrand, en Toulouse, cuyo método fue ampliamente probado y desembocó más recientemente en un nuevo planteamiento, el GTP, «geosistema, territorio y paisaje»), pero también rusas (Beroutchachvili, Sochava), sin olvidar igualmente las interdependencias de las investigaciones geográficas en este campo con las de la ecología, que de la mano del ya desaparecido profesor González Bernáldez (que en 1981 publicó el libro *Ecología del paisaje*), contribuyó a consolidar más todavía todo este complejo. De igual modo, y paralelamente, concurren a tal objetivo la incorporación de las formulaciones y conceptos de la ecogeografía, cuyos máximos exponentes fueron los profesores Tricart y Kilian. Es así como los conceptos de geosistema, geofacies y geotopo; las nociones de medios estables y medios inestables junto con las de biostasia y rexistasia; o las de fenosistema y criptosistema, enriquecieron y ampliaron los horizontes y dimensiones en el análisis del paisaje. Ya el profesor Jesús García Fernández, hace poco más

de treinta años ahora, difundió entre sus alumnos de las clases de geomorfología estas contribuciones recogidas originalmente en el libro de estos autores que a tal efecto publicase en 1979 la editorial F. Maspero y traducido y editado posteriormente en España por Anagrama. Se añaden, a todo este rico caudal de aportaciones teóricas y prácticas que la geografía ha hecho al estudio del paisaje, las que grupos como el vinculado a la Universidad Autónoma de Madrid han venido haciendo en los últimos decenios, partiendo del pionero estudio de los paisajes naturales de provincias limítrofes a la de Madrid dirigido por el profesor Martínez de Pisón, y continuándose con otros de ámbito más regional (Madrid, el Tajo, etc.). A finales de la pasada centuria la aprobación del Convenio Europeo del Paisaje (Florencia, 2000), en vigor en España desde marzo de 2008, y su adaptación y aplicación a escalas y espacios diferenciados ha dado un nuevo impulso al propio concepto, a su significado, su proyección y amplitud, y ha contribuido igualmente a realizar una geografía más aplicada.

Por otra parte, también el respaldo científico e institucional que para el estudio del paisaje ha significado la creación y andadura (con resultados decisivos ya) de dos centros como el Centro de Estudios Paisaje y Territorio (Sevilla), dirigido por el profesor Zoido, y el Observatorio del Paisaje/Observatori del Paisatge (Olot y Barcelona), dirigido por el profesor Nogué, ha sido razón de peso más que sobrada para consolidar más todavía semejante consideración. Es, precisamente, en el marco de la labor de investigación y difusión que llevan a cabo estos centros donde se han puesto en marcha proyectos concretos que han desembocado en la divulgación de nuevos enfoques metodológicos poco conocidos hasta el momento en España para el estudio del paisaje (caso del denominado *landscape character assesment*, el LCA, metodología británica surgida en el seno de la Country-side Commission, y sobre el que una reciente y excelente publicación de la Junta de Andalucía¹ expone sus principales características y virtualidades) y donde se ha procedido a elaborar catálogos del paisaje.

Y en todo este contexto, sale a la luz la obra que ahora se reseña, *Los paisajes agrarios de España*. En consonancia con lo afirmado en párrafos precedentes, el estudio de los paisajes sale reforzado y encuentra en esta nueva publicación un elemento más de referencia dotado

de solidez, reflexión, análisis preciso y ejemplos representativos. Es además, ante todo, una obra colectiva y plural, producto de dos fases en que se ha desarrollado un proyecto de investigación que ha sido su principal apoyo financiero (convocatoria pública y competitiva del MEC) y foro en el que se ha desarrollado el análisis, la discusión y la coordinación en que se ha fundamentado la realización del mismo. En él han intervenido veintidós autores procedentes de distintas universidades españolas (Valladolid, Barcelona, Sevilla, Pablo de Olavide, Alicante, Jaén y Santiago de Compostela) y, con ellos, el profesor André Humbert, de la Universidad de Nancy-2 (Francia), a quien este trabajo debe una parte importante de su valioso aparato fotográfico y una innovadora forma de interpretar y ver los paisajes. E igualmente ha contado con la inestimable colaboración de la Jefatura de Estudios y Documentación del Ministerio de Agricultura (representada por Juan Manuel García Bartolomé), que facilitó y permitió la consulta y explotación de bases de datos y fuentes documentales de extrema utilidad.

La publicación se organiza en dos partes bien diferenciadas. En la primera de ellas (209 páginas), centrada en el marco teórico y conceptual y en la que se procede a las cuestiones de conceptualización, delimitación y tipificación, se atiende, sucesivamente, al propio marco conceptual, al marco territorial y ambiental (clima, vegetación, relieve y suelos), al marco histórico (estudiado en sus fundamentos, sí, pero también dando presencia a medio siglo de transformaciones agrarias), al marco perceptivo (resaltando la convergencia de percepciones subjetivas y proporcionando una sugerente y novedosa lectura y mirada de los paisajes agrarios desde el aire) y a la clasificación y resultados que se obtienen. La segunda parte (371 páginas) es la de los estudios de caso, la de los denominados «paisajes arquetipo», que, al decir de los autores en las líneas que sirven de prólogo a la obra, «siendo representativos, no son los más llamativos, pero sí ejemplares» (p. 5). La bibliografía es, igualmente, muy prolija, con una distribución no muy dispar entre ambas partes que conforman el libro (400 referencias bibliográficas para la aproximación teórica y 471 para los «paisajes arquetipo»). Acompaña, asimismo, a las dos un valioso y destacado material gráfico, cartográfico, fotográfico, estadístico y de reproducción (no idéntico según los recursos y capítulos, como también parece lógico) que enriquece el trabajo y le da todavía más valía, como por otra parte no puede ser menos en una publicación geográfica y centrada en los paisajes. Nada menos que 389 fotografías (más abundantes en la segunda parte, con 282, que en la primera, que reúne 107,

¹ Marco conceptual y metodológico para los paisajes españoles. Aplicación a tres escalas espaciales. Junta de Andalucía, Consejería de Obras Públicas y Vivienda, Sevilla, 2010, 467 pp.

resaltando el valor de las perspectivas oblicuas que se incorporan, pues agrandan horizontes de representación y alcanzando algunas una tremenda expresividad, como las fotografías en que se recoge la sucesión estacional en Tierra de Campos, por ejemplo), 96 mapas (también dominando en el estudio de los paisajes seleccionados, 67, frente a la parte más teórica y conceptual, que contiene 29), 34 imágenes satélite (otorgando más precisión a determinados aspectos estudiados), 23 coremas y/o esquemas cartográficos (algunos croquis adquieren especial expresividad y significación), 71 gráficos, 39 cuadros y 50 recursos que pueden englobarse en un apartado más variado (planos históricos, grabados, dibujos, reproducciones de portadas de obras o libros significativos, etc.). Precisamente las perspectivas o fotografías oblicuas sustentan el contenido de un apartado específico del trabajo (el IVB «Los paisajes agrarios de España: una mirada desde el aire») que proporciona una herramienta valiosísima en la captación, percepción y rápida comprensión «instantánea» de los paisajes agrarios.

Junto a toda esta cuantificación, el libro se acompaña de un video muy valioso («Una mirada a los paisajes agrarios de España», de 24 minutos de duración) en el que la voz del profesor Cascos Maraña va acompañando muy acompasadamente el recorrido que resume el variopinto catálogo de paisajes agrarios españoles y nos trae a la memoria aquellos programas televisivos de hace algunos años («A vista de pájaro», «Los trabajos y los días») donde el conocimiento geográfico de nuestro territorio peninsular, de su diversidad comarcal y su riqueza paisajística tenían reservada una cuota de pantalla semanal que en mucho benefició al interés social por el territorio y el paisaje. Tiene también esta obra, a mi entender, un recurso explicativo del que hace uso y que considero que abre más dimensiones y orientaciones en el entendimiento e interpretación de nuestros paisajes: la integración, junto a la explicación más científica, de representativos textos literarios de diferentes autores y la proyección de la imagen que sobre este mismo objeto de estudio proporcionan manifestaciones artísticas como la pintura. La expresión y la estética que reúnen literatura y representaciones pictóricas ensanchan el contexto interpretativo y la dimensión más cultural de los diversos paisajes, lo que puede ser calificado, sin duda alguna, como un acierto.

De la primera parte de la obra, quiero destacar especialmente cuanto se refiere a tres apartados (aunque sin desmerecer para nada el tratamiento de los otros dos): el marco conceptual, el marco histórico y el marco perceptivo, pues creo que aportan reflexiones y conceptualiza-

ciones bastante estudiadas, poco comunes, bien sistematizadas y muy enriquecedoras para la teoría y concepto sobre los paisajes. Del primero merecen subrayarse la utilización de la denominada «doble artealización» (o modalidades de artealizar, de operación artística) empleada para transformar el término «país» en «paisaje» (Alain Roger, 1997) y que nos lleva a distinguir el paisaje «in situ» del paisaje «in visu»; la clasificación de Ojeda (2003 y 2005) de las distintas percepciones del paisaje en tres grandes grupos (protopaisajísticas, connotativas y comunes); el hecho de considerar que los paisajes son, al tiempo, «objetos» territoriales y también «miradas»; el entendimiento del paisaje como una construcción cultural del territorio; y la diferenciación y consideraciones realizadas sobre paisajes «rurales», «agrarios» y «agrícolas» sustanciada en sutiles contrastes y matices existentes entre las tres opciones y acepciones. La parte final de este apartado desemboca en una expresiva revisión de la bibliografía española sobre los paisajes agrarios a partir de sus antecedentes, donde se hace evidente el influjo directo de la escuela vidaliana, recorriendo luego una nueva generación de trabajos entre los años 1960 y 1980 y culminando con la asimilación de las nuevas corrientes que se suceden desde 1980 en adelante y la recuperación de la visión integradora del paisaje agrario. Se ha de subrayar la representatividad y el valor de síntesis, actualización y puesta al día que alcanzó la publicación *Los paisajes rurales españoles* editada por la Asociación de Geógrafos Españoles (AGE) en la fecha gozne (1980) entre estos dos últimos periodos.

La profundización que se hace en el apartado referido al marco histórico está muy bien estructurada y su desarrollo explicativo es muy sólido y muy agradecido para una más seria y correcta interpretación de los paisajes agrarios que, desde esta perspectiva, son definidos como un totalizador de relaciones complejas (de herencias acumuladas y transformadas). Además, los cuadros y esquemas que resumen parte de algunos de los procesos más importantes o de ciertas fases históricas más sobresalientes constituyen un recurso metodológico y didáctico valiosísimo. Destaca especialmente el análisis que se hace de la aproximación a la evolución de los paisajes agrarios a través de distintos hitos y modelos territoriales: modelo colonial de explotación y de poblamiento, modelo medieval de conquista y de fronteras (que recuerda mucho, también, a la convergencia de investigaciones que destacados medievalistas —la escuela del profesor Cortázar, por ejemplo; también la de los profesores Ladero y Barrios— y geógrafos españoles —profesores García Fernández, Ortega Valcárcel,

Cabo Alonso— han llevado a cabo en torno a los modelos de organización histórica y social del espacio y al tratamiento de puntos comunes como el hábitat o los usos del suelo) y modelo de agrosistemas tradicionales, donde los ejemplos de la centuriación romana, la Mesta y las denominadas Nuevas Poblaciones de la colonización del siglo XVIII son expresivos estudios de caso que cierran de modo más completo y perfecto el correcto entendimiento de este contexto temporal. Contexto que encuentra su punto de llegada y complemento en épocas más recientes con el estudio de los procesos de conformación del modelo agrario productivista y los cambios que introduce en el mismo la integración en el marco eurocomunitario.

E innovadora y sugerente es la parte en que se estudia del denominado «marco perceptivo». Es aquí donde, por una parte, se amplían y detallan más aún los hitos y modelos territoriales que antes se señalaron, aportando un esquema de catalogación de modelos históricos en la evolución y transformación de los paisajes agrarios totalmente creativo y atractivo, donde se analizan las representaciones que sobre los mismos se han hecho (es aquí donde el aparato de reproducción de expresiones pictóricas que han venido interpretando el paisaje se vuelve extremadamente enriquecedor y diverso: hasta 17 imágenes de distintas épocas) y se completa con un repaso y examen a las miradas y catalogaciones institucionales, de ámbito nacional e internacional y distinguiendo entre las que se centran en la protección, las que lo hacen en la ordenación sin renunciar a la protección y la gestión, y las centradas ya más precisamente en la gestión. El resultado se resume muy expresivamente en tres arquetipos de paisajes agrarios españoles en orden a este criterio o marco perceptivo (de expresiones literarias y plásticas o pictóricas) que constituye otra referencia nueva en el estudio del paisaje agrario, clasificación nada común y tremendamente atractiva: tópicos, creadores de mundos y una tercera a la que se denomina «simbólicos, aterritoriales y blindados por el recuerdo».

En la segunda parte del libro es donde se procede a un examen y análisis del inventario de los paisajes arquetipo seleccionados. Se centra en el repaso a 23 estudios de caso que se agrupan, a su vez, en cinco categorías: 1) campiñas cerealistas (se han seleccionado dos ejemplos de la submeseta norte —Tierra de Campos y Torozos— y otro del interior de Lleida —La Segarra—); 2) huertas y campos intensivos (con tres ejemplos todos ellos tomados de la fachada mediterránea oriental: arrozales del delta del Ebro, huerta de Alicante y poniente almeriense); 3) arboricultura y viticultura mediterráneas (siete han sido los ejemplos recogidos de diversas comunidades

autónomas: Extremadura —Tierra de Barros—, Andalucía —condado de Huelva y Loma de Úbeda—, Castilla y León —Ribera del Duero—, Cataluña —Alella, en el Maresme— y Comunidad Valenciana y Murcia —el Levante citrícola y el medio Vinalopó—); 4) montaña (la Montaña de León, La Terreta —Ribagorza—, O Invernadeiro —Galicia—, la Montaña alicantina y la sierra de Aracena —Huelva—); 5) dehesas y otros paisajes mixtos (la dehesa de la Sierra Morena andaluza; el Aljarafe sevillano; la «Raya Seca» hispano-portuguesa en su sector onubense-algarví, la tipificación de los paisajes canarios, y una atención especial al paisaje de las Medianías de esta comunidad autónoma insular).

Las 371 páginas de esta segunda parte de la publicación efectúan un exhaustivo y minucioso recorrido analítico por nuestros paisajes agrarios, sí, pero no es menos cierto que llaman la atención algunas cuestiones, de modo más particular, que contribuyen a que el tratamiento otorgado a esta segunda parte sea internamente algo desigual y que presente, asimismo, diferencias con los contenidos de la primera parte, claramente más teórica. Así, por ejemplo, llama la atención que en la distribución geográfica de los estudios de caso elegidos (los «paisajes arquetipo») estén ausentes representaciones de nueve comunidades autónomas (las de la cornisa cantábrica —Asturias, Cantabria y País Vasco—, las regiones del Ebro —Aragón, Navarra y La Rioja—, casi toda la submeseta sur —excepción hecha de Tierra de Barros, pero ausentes Madrid y Castilla-La Mancha y, prácticamente, casi toda Extremadura— y Baleares), que otras estén muy mínimamente representadas (el caso ya mencionado de Extremadura, Galicia y Murcia, todas ellas con un ejemplo analizado), que de las regiones insulares una esté presente (dos estudios de caso canarios) y otra no (la ya mencionada de Baleares) y que sean Andalucía (con siete casos elegidos) y Cataluña, Comunidad Valenciana y Castilla y León (con cuatro ejemplos tomados de cada una de ellas) las que acaparen la mayor atención. Pero esto son los estudios de caso, hecho explicable si tenemos en consideración que la publicación es producto de un proyecto de investigación coordinado y formado por equipos de diferentes universidades, no de todas las de España (y perfectamente dirigidos por el profesor Molinero), de ahí ese aparente «desequilibrio», que no es tal realmente por cuanto todos los tipos y subtipos de paisajes agrarios que pueden distinguirse en España (y distribuidos por el territorio de todas las comunidades autónomas) están tratados y recogidos en este estudio. En otros casos, algunas de las fotografías que constituyen el impresionante y tremendamente representativo

material plástico y visual en que se plasma esta diversidad paisajística pecan, empero, de reducida expresividad y visibilidad plena por su tamaño más pequeño (como sucede en algunas de las que enriquecen el estudio de caso de la raya seca con Portugal). Y la bibliografía es verdaderamente exhaustiva e impresionante, si bien se echan en falta las llamadas a determinados trabajos y publicaciones que deberían estar presentes en algunos de los ejemplos tomados, como sucede al tratar las dehesas, donde aportaciones como las de Llorente Pinto para las salmantinas o las de Pérez Díaz para las extremeñas son claros referentes; a cambio, como nos suele suceder en muchos de los trabajos, se incluyen otras contribuciones cuyo sentido no se alcanza a entender del todo o son más comprensiblemente prescindibles. Aspectos todos ellos, en fin, que ni ensombrecen ni desmerecen en absoluto la calidad de la obra y su marcado carácter de material y recurso imprescindible para los estudiosos de la geografía rural, los que se sienten atraídos por el estudio del paisaje y, creo incluso, que por todos los geógrafos por cuanto el trabajo constituye una magnífica muestra de integración de elementos, procesos, factores y dimensiones de análisis que ayudan a entender la construcción del territorio y sus paisajes. En suma, esta publicación avala y refuerza la calidad y necesidad de la geografía y del trabajo de los geógrafos, constituye una muy buena muestra del saber hacer, marca un camino a seguir y es un magnífico ejemplo a imitar para toda nuestra comunidad científica.—

JUAN IGNACIO PLAZA

*Urbanización y espacios urbanos. Geografía de la ciudad**

Desde principios de los años noventa del pasado siglo se está extendiendo, de modo quizá no demasiado perceptible, la importancia de la visión geográfica en los estudios urbanos. La apuesta para consolidar los títulos de geografía en las universidades españolas y el importante papel de dinamización y difusión del criterio geográfico llevado a cabo por la AGE y por el Colegio Profesional han puesto de manifiesto en estas últimas dos décadas que el conocimiento geográfico de las ciudades es de vital importancia para la planificación y gestión de estos espacios.

* R. C. Lois González (coord.), J. M. González Pérez y L. A. Escudero Gómez: *Los espacios urbanos: el estudio geográfico de la ciudad y la urbanización*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2012, 456 pp.

La tradicional consideración de la materia de geografía urbana se ha ido complementado en todas las licenciaturas, primero, y en los grados y posgrados, después, con asignaturas vinculadas al planeamiento urbano, la gestión urbanística, la cartografía urbana, la planificación de centros históricos, la gestión de barrios, los SIG urbanos, la historia urbana, el paisaje urbano y, en general, las diversas perspectivas de análisis urbano aplicadas a la ciudad contemporánea. Podríamos considerar, incluso, que se ha llegado a difundir en la sociedad, de algún modo, uno de los preceptos clásicos de la geografía humana, en el sentido de entender la ciudad como la realización socioeconómica más acabada y más compleja desde un punto de vista territorial.

Pese a esta dinámica, en España los manuales universitarios de geografía urbana utilizados para la docencia eran en buena medida anteriores y lo cierto es que en el citado periodo, y aun contando con relevantes obras de reflexión sobre la ciudad de modo general, se adolecía de un libro completo sobre los espacios urbanos, omnicomprendivo de todos los procesos y pautas que convergen en ellos y, a su vez, con un enfoque universitario, de fácil lectura, bien integrado en su composición, hilado en su estructura y, en definitiva, comprensible para el aprendizaje y la interiorización de la ciudad.

Esta laguna ha venido a ser cubierta, sin duda con solvencia y rigor, por el libro que aquí reseñamos: *Los espacios urbanos: el estudio geográfico de la ciudad y la urbanización*. Esta aportación de Lois, González y Escudero tiene un doble valor, esencial para los estudios geográficos recientes sobre la ciudad que se han publicado en España en estos últimos años. Primero, porque, como decimos, por su enfoque, la calidad de su contenido y el valor de su planteamiento, está llamado a convertirse en el manual universitario de referencia, tomando el testigo de las series de publicaciones de finales de los ochenta y principios de los noventa editadas por Síntesis. Pero también porque, en segundo lugar, es un gran complemento de las lecturas de las muchas monografías urbanas que se van editando y de los libros concretos sobre periodos específicos o procesos determinados con significado urbano; y, por supuesto, porque representa un marco general y completo de gran valía para interpretar con mayor conocimiento de causa las reflexiones epistemológicas sobre la ciudad, la morfología urbana y el planeamiento realizadas recientemente por autores como Capel, Hall o Terán.

En este sentido, resulta una publicación valiente y ambiciosa, lo que a priori podría condicionar su resultado. Si bien, una vez leído y analizado detenidamente, el